
JUAN VILLORO

Los sucesores*

Ramón tenía el peculiar prestigio de quien diseña monstruos de autor. Muy pocos sabían que esas criaturas a las que les faltaban o sobraban ojos llevaban su firma, pero los enterados hablaban de él con reverencia.

Julio pertenecía al círculo de profesionales que admiraba la capacidad de su primo para distorsionar la naturaleza. Hacía mucho que no se veían. Con cierto ánimo masoquista, tenía ganas de revisar los nuevos trabajos de Ramón para comprobar lo mucho que lo aventajaba como diseñador.

Intercambiaron correos antes de que Julio despegara a España. Su primo comentó que le hubiera encantado mostrarle el engendro que realizó para una película de Guillermo Del Toro, pero esa maravilla cubierta de babas traslúcidas había sido comprada por un coleccionista australiano. En cambio, podría mostrarle los dinosaurios que había hecho para Faunia, el parque temático en las afueras de Madrid.

Llevaban décadas sin encontrarse. Para Julio, la primera sorpresa del reencuentro fue el coche en que llegó Ramón. Él creía que en Europa los modelos deportivos eran exclusividad de los *cracks* del fútbol o los miembros más estables del crimen organizado.

Julio tenía en su escritorio una réplica a escala de un Ferrari Murciélago. Su primo no pasó por él en ese modelo de superhéroe, pero verlo llegar en un F360 fue asombro suficiente.

Reunirse después de treinta y tres años de no frecuentarse era una manera de competir. Las comparaciones serían inevitables. En

* Este cuento pertenece a una colección que saldrá publicada a finales de año por Almadía bajo el título de *El Apocalipsis (todo incluido)*.

la adolescencia habían medido sus genitales con cinta métrica y habían cotejado la potencia de sus tiros en la cancha de fútbol. En su condición de primos que eran hijos únicos –es decir, falsos hermanos– habían convivido en espejo; cada uno se estudiaba en el otro.

Ahora ambos se dedicaban a formas muy distintas del diseño industrial. Eso hacía más importante el Ferrari de Ramón. Julio había asumido una rama del oficio que podía llamarse «arqueología automotriz». México fue el último país en fabricar el «Escarabajo», Volkswagen Sedán, y él inventaba refacciones para los sobrevivientes de esa especie.

Ninguno de los dos tuvo el mal gusto de decir: «Estás igualito». No se habían inyectado glándulas raras ni habían buscado milagros dermoestéticos. A los cincuenta y tres, el rostro de Ramón estaba más cruzado de arrugas, pero transmitía mayor energía.

Además, Julio venía disminuido por el *jet lag*. De cualquier forma, sabía que tampoco al día siguiente, después de dormir gracias a la pastilla que le había dado Carmen, tendría los ademanes de su primo, la gestualidad entusiasta de quien otorga más importancia a los proyectos que a los hechos. La culpa podía ser de su medianía –crear prótesis para el «Escarabajo» no era un motivo de gloria–, de que se quedó en México, donde lo único que prosperaba era el crimen, o del ADN, que le ahorró la parte buena que solo recibió su primo. También podía ser suya, pero prefería no pensar así a doce horas de vuelo de su sicoanalista.

Ramón encendió un cigarro al arrancar el coche con una lujosa aceleración. Fumaba como si el tabaco tuviera Omega 3. Siguió fumando en la autopista a Faunia, mientras hacía preguntas sobre el país que dejó a los veinte años y que seguramente solo le interesaba por la presencia del copiloto silencioso, abrumado por el cielo de Madrid, de un azul inaudito para alguien habituado a un manto nuboso, filtrado por las lluvias y la contaminación, el primo hermano sorprendido de estar ahí, en ese asiento de cuero, treinta y tres años después.

Julio y Ramón pertenecían a una rama dos veces derrotada del exilio. Su abuelo común perdió la guerra y luego la tierra prometida (sus socios se quedaron con la fábrica de refrescos de manzana que había fundado en México). Le hubiera convenido perder también la razón, pero envejeció en estado de alerta, escuchando los reproches de su esposa sobre las fantasmagóricas propiedades que dejaron en España.

El fracaso del abuelo alimentó muchas tardes de puros en la Casa del Exilio. Con los años, los republicanos encontraron una rara compensación en realzar su derrota, exagerando las fincas, los caballos, los campos que les arrebató el vendaval de la historia. Habían sido más ricos, más influyentes, más valientes, más virtuosos de lo que acreditaba su exigua realidad. La memoria era su último frente de lucha, el sitio donde aún podían perder un tesoro.

Fermín y Vicente, padres de los primos, crecieron en una casona de la calle Mina de la colonia Guerrero, que no había acabado de derrumbarse y parecía pedir misericordia a la iglesia

de San Fernando, que estaba justo enfrente. Los descabros del abuelo los llevaron a rentar la parte baja de la casa y luego las habitaciones superiores. Terminaron refugiados en un cuarto de azotea, como conserjes de una mansión que por accidente era suya.

El presidente Cárdenas salvó y destruyó al abuelo; le concedió una nueva patria y congeló las rentas cuando ese era su único negocio. De niño, Julio oyó suficientes historias sobre el general Cárdenas para imaginarlo como un mutante asombroso, alguien que rescataba y hundía. Si los historiadores hablaban con admiración del «divisionario michoacano», ellos lo mencionaban con la ambivalencia que merece un misterioso dios de la dualidad, el Señor de la Seguridad y la Zozobra.

El abuelo miraba con ironía el nombre de la calle donde había ido a vivir: Francisco Javier Mina, el navarro que combatió del lado mexicano en la guerra de Independencia. En realidad, el abuelo solo se integró a un sitio: la Casa del Exilio. Elogiaba a los mexicanos con adjetivada gratitud, pero los evitaba en lo posible, y odiaba a todo español que tuviera el atrevimiento de vivir en México sin ser republicano.

Fermín y Vicente respetaron escrupulosamente los prejuicios del abuelo: estudiaron en el Colegio Madrid; jamás asistieron al Casino Español, bastión de las peinetas y las mantillas franquistas; desconfiaron de la Beneficencia Española, donde no había certeza del bando al que podía pertenecer el cirujano, y jugaron dilatadas partidas de dominó en la Casa del Exilio, frente a rivales que envejecían sin perder su acento, los dedos amarilleados por el puro, y que tocaban con apremio la mesa de madera que un día se volvió de plástico y que para ellos significaba «España».

Fermín y Vicente perfeccionaron su endogamia casándose con hijas de exiliados que usaban ropa interior de Casa Rionda. Julio y Ramón fueron hijos únicos de matrimonios que llevaban vidas paralelas. Sus madres se embarazaron de manera casi simultánea y se mudaron al mismo edificio de la colonia Condesa. Eran hermanos electivos, Gemelos Mágicos con comunicación paranormal. Si a uno le dolía el estómago, el otro estaba enfermo.

En una época en que el fútbol privilegiaba la alineación 4-2-4, Julio y Ramón integraron la media cancha del equipo Principado en el Club Asturiano. Su ilusión de ser dobles accidentales se cumplió en los partidos en los que se pasaban el balón en forma adivinatoria, sabiendo en qué hueco aparecería el otro. Tal vez por estar en la punta sur de la ciudad, en un sitio tan alejado que parecía pertenecer a otra jurisdicción, el Club Asturiano reunía a distintas comunidades españolas. Ahí sudaban y se bañaban hijos de anarquistas, falangistas, comerciantes sin partido, mexicanos que le ponían chile a la paella.

Cuando Ramón cayó con hepatitis a los catorce años, Julio supo por primera vez lo que significaba estar solo. Las calles le parecieron repentinamente asiáticas: sobraba gente y los guisos tenían demasiado cilantro. Durante semanas, si alguien lo veía le preguntaba de inmediato:

«¿Y Ramón?». Esa enfermedad fue un período de prueba para Julio, el paréntesis en que tener «vida propia» significó explicar por qué su primo no estaba ahí.

Al entrar a Faunia, Ramón señaló un edificio esférico, el pabellón de los dinosaurios.

–¿Te acuerdas del Desierto de los Leones? –preguntó.

Tenían doce años cuando fueron de excursión a ese bosque en las afueras del D.F. Julio recordó el convento agobiado por el musgo, donde ser monje habría significado ser tuberculoso. Por ese tiempo, aún les gustaba pisotear hormigas, pero comenzaban a pensar que era algo estúpido. Caminaron por un sendero que rodeaba el bosque. De pronto, Julio dejó caer su cantimplora con limonada y se adentró en la vegetación. Nunca entendió si lo hizo para cortejar un peligro concreto o por un alarde inexplicable. Lo cierto es que la maleza representó para él un rito de paso; se sintió valiente sin motivo alguno, pensó en verdes superhéroes, creyó distinguir las alas de un halcón, y se perdió.

Gritó y su voz fue absorbida por el follaje del que caían gotas frías. Las frondas conservaban la lluvia del día anterior. Caminó cada vez más despacio, cediendo a la resignación de no volver nunca. Pensó con vanidad que los demás sufrirían mucho su pérdida. Él sobreviviría como un salvaje y sería encontrado años después, cuando ya hablara un idioma de su invención. Entonces su familia volvería a sufrir.

Por esos días, él y Ramón dibujaban un murciélago gigante. Cada uno se hacía cargo de un ala; trazaban venas caprichosas, como un tatuaje iridiscente. Si él no salía del bosque, el dibujo iba a quedar interrumpido. Tal vez Ramón lo conservaría en la cabecera de su cama como recordatorio del gemelo que se fue, el ala que no acabó de ser pintada.

Pensar que su ausencia arruinaría varias vidas le dio extraña fuerza para seguir andando.

Mientras tanto, en el sendero que circundaba el bosque, su primo encontró a un hombre descomunal. El cabello le crecía en densos racimos; las uñas, de un grosor sobrenatural, estaban esmaltadas por una mugre negrísima. Era el Hotentote.

En los años sesenta del siglo xx, la ciudad entera conocía a ciertos vagabundos y ciertos *freaks*. El Hotentote era célebre por sus retratos minuciosos. Siempre llevaba dos o tres lápices encajados en el pelo. Lo habían visto una vez fuera de la Catedral y admiraron especialmente el dibujo de un mastín de dos cabezas. Costaba unos cuantos pesos, pero sus padres no quisieron comprarlo.

El gigante irradiaba una energía excesiva que reclamaba ser utilizada. Ramón le pidió ayuda para encontrar a su primo.

El ogro entró al bosque sin decir palabra. Una hora más tarde regresó cargando a Julio, que tenía el rostro arañado y se había luxado un tobillo.

El Hotentote quiso llevarlo con sus padres, pero Ramón se opuso. Después del rescate, el energúmeno se volvía incómodo.

Julio cojeó hasta el claro donde su madre lloraba, viendo una fotografía de su hijo tamaño credencial, como si él ya llevara años desaparecido y solo pudiera ser evocado de ese modo. No dijeron nada del Hotentote.

El pabellón de los dinosaurios olía a plásticos superiores.

Ramón había copiado dos velocirraptores, el de *Parque Jurásico* y el que se extinguió en la lluviosa antigüedad. El auténtico era menos verosímil que el de la película; tenía plumas en las patas que lo hacían ver como un pollo excesivo; más que una bestia de interés parecía una tragedia genética. El otro era formidable.

Julio admiró el trabajo de su primo. En ese momento unos escolares llegaron a la sala y corrieron a fotografiarse junto al mejor velociraptor.

Le había ido bien a Ramón. Todo comenzó un 20 de noviembre, con la muerte de Franco. Para la familia, ese dejó de ser el día de la Revolución mexicana para convertirse en la fecha en que el granítico abuelo lloró de gusto en la Casa del Exilio.

En 1976, Julio y Ramón pudieron ir a España a resolver un litigio que sus padres posponían desde hacía varios años, tratando de que su negligencia para resolver trámites se interpretara como integridad política.

Un tío remoto había muerto sin descendencia y su última voluntad fue unir a la España dividida, legando unas propiedades a la rama del exilio. Fermín y Vicente supieron que podían reclamar una peluquería y una casa con corral en San Martín de la Vega, cerca de Madrid. Eso había ocurrido en 1969, pero no se dieron prisa en reclamar sus bienes, tan distintos a los castillos que la abuela perdía en su recuerdo. Después de algunas indagaciones supieron, o creyeron saber, que las aguas negras de Madrid iban a dar a San Martín de la Vega. «Heredamos mierda», dijo Fermín o Vicente, y el asunto se archivó con un trago de Bobadilla 103 para ser resuelto por la próxima generación.

A principios de 1976, a los veinte años, Julio y Ramón viajaron a un Madrid donde todo era barato y nada ni nadie parecía moderno. Un hombre con un oficio salido de una comedia de Lope de Vega (Consultor Jurado de Cuentas) los enteró de que la sucesión duraría décadas.

–Me quedo aquí –dijo Ramón.

¿Qué podía hacer en un país donde el diseño más audaz era el casco de la Guardia Civil?

Julio no olvidaría las caminatas por el Madrid de los Austrias, tratando de convencer a su primo de que volvieran juntos a México.

–¡Aquí no hay dentistas! –fue el último de sus desesperados argumentos.

México era entonces la utopía de la sonrisa perfecta, dientes blanqueados por la cal de las tortillas y la tecnología norteamericana.

En las Olimpiadas del 68 la familia entera se había conmovido con el oro del Tibio Muñoz y las otras ocho medallas mexicanas. España se había quedado en ceros. Una nación rota, que ostentaba en sus dientes la tristeza de no ganar nada.

¡Qué equivocada parecía la decisión de Ramón treinta y tres años atrás y qué equivocado parecía haberla visto así! Cuando propuso que Julio se quedaría con la casa de Mina y él con lo que pudiera rescatar en España sonó como un mártir de la herencia.

Ahora, en Faunia, aquella decisión suicida cobraba la forma de una astucia.

Salieron a la excesiva luz del día. Ramón propuso que se asomaran a la sala de los animales nocturnos.

–Verás murciélagos –prometió.

La calle de Mina seguía una trayectoria moral. Comenzaba en un punto donde el deseo era una promesa (las coreografías tropicales del teatro Blanquita), continuaba hacia el Salón México, donde se podía bailar con alguna desconocida, y avanzaba rumbo a bares de mala estrella. Poco más adelante, aparecían hoteles de paso recubiertos de incierto mármol color de rosa y que incluso en la acera despedían un olor a desinfectante; el último de ellos se llamaba Ferrol, en honor al pueblo del tirano, y se había recargado contra la casa del abuelo, como si también los inmuebles disputaran su posguerra. Frente a la casa estaba el ábside de la iglesia de San Fernando. Ahí concluía la serie simbólica. La calle de Mina ofrecía espacios de tentación, caída y redención.

Julio y Ramón visitaban la casona una vez al mes para cobrar las rentas congeladas, cada vez más parecidas a limosnas.

Una tarde, Julio encontró a su primo en compañía de Mariana, junto a la puerta de cristales polarizados del Hotel Ferrol. Esa imagen se volvió obsesiva, canónica, inagotable.

Mariana era una belleza de pelo castaño y cejas decididas. Usaba un cinturón espantoso que le sentaba de maravilla y dividía su espalda frágil de la deliciosa curva de las nalgas. Del pecho le colgaba un gran reloj de plástico, que no daba la hora. El mal gusto de Mariana venía de su familia, comerciantes gallegos de tendencias políticas cavernarias que, según rumores de la Casa del Exilio, habían colgado en el comedor un pintoresco tapiz con la efigie del Cid.

Mariana tenía el atractivo del fruto prohibido. Para redondear el prejuicio que significaba amarla, su hermano militaba en el Muro, asociación de pandillería católica.

Hasta ese momento, la vida de los primos había sido como la de sus mayores, un universo viril en el que se jugaba a las cartas, se compartían cigarros, se puteaba por los resultados del fútbol.

Julio nunca advirtió un roce afectivo entre sus padres. Hablaban de la guerra y sus penurias. La pólvora y la metralla se habían llevado a los muertos y acaso también el cariño que podía quedar para los vivos. «Oye, mujer», era la forma hermética –tal vez atenta, tal vez despectiva– en que su padre se dirigía a su madre.

Julio no escuchó en la austera Casa del Exilio comentario alguno sobre mujeres. Se sorprendió de su propia capacidad para detallar el cuerpo de Mariana y admirarla en partes: pechos pequeños y levantados, un lunar en la base del cuello, los dedos que asomaban de sus sandalias.

Ramón se presentó con ella en cines, fiestas y la romería de la Covadonga, hasta que Julio los encontró en los bajos del Ferrol. Al saludar de beso a Mariana respiró su piel como un detective ruin. No detectó rastros de jabón barato, pero creyó advertir que su primo tenía la mirada enrarecida por el nerviosismo.

Julio recordaría mal esos meses en que apenas vio a Ramón. Le llegaron noticias dispersas de que su romance prosperaba, se volvía notorio y comentado, ampliaba su rango de provocación y peligro, hasta llegar a las adversas fabadas del Casino Español.

Una noche Ramón fue interceptado por un auto que lo llevó a la carretera a Toluca. Tres encapuchados se pusieron *boxers* en los nudillos para desfigurarlo. No le costó trabajo reconocer la voz del hermano de Mariana cuando decía algo sobre sus huevos o la falta que le harían.

Julio no visitó a su primo en el hospital. Los olores médicos le revolvían el estómago. Pero hubo algo más en su cuidado alejamiento. Fue él quien descubrió a Ramón y Mariana a la salida del Hotel Ferrol y quien reveló la historia una tarde de partido en el Asturiano. Su primo no se presentó a ese juego. Alguien dijo que estaba harto del puto de Ramón, que los dejaba colgados para irse a coger con albañiles. Julio sintió que la sangre le hervía ante la afrenta que mancillaba el vestidor, ese sitio de olor rancio que tenía algo de santuario, el lugar donde las glorias y las tristezas eran íntimas. Quiso defender al primo al que ya apenas frecuentaba, dijo frases confusas, mencionó a Mariana, la indignación lo volvió preciso y se dio el lujo de ofrecer el nombre del hotel donde los había visto: su primo no estaba en esa cancha porque se la estaba metiendo a la diosa que detenía el tiempo en su reloj de plástico. Para defender al pariente que le hacía tanta falta, contó un chisme que pronto se convertiría en un rumor envenenado.

Esa tarde Julio falló un gol hecho; se extravió en el campo ante la ausencia de su primo. En el equipo Principado jugaban amigos de la familia de Mariana. Julio había delatado a su primo cuando trataba de defenderlo. Por eso la «España eterna» lo llevó a un matadero rumbo a Toluca. Le reventaron los testículos para que no olvidara lo que quería decir Ferrol.

Durante meses Julio mezcló demasiadas emociones; sintió la oscura satisfacción de haber intervenido en el atropello del primo que se había alejado de él, y al que le tenía minuciosa envidia, y la culpa de ser cómplice involuntario del fascismo. ¿Qué le habían dicho sus verdugos a Ramón? ¿Qué escuchó al suponer que moría? ¿El hermano de Mariana aumentó el daño señalando al delator? ¿Ramón oyó su nombre?

Cuando su primo salió del hospital, buscó a Julio como si nada nuevo hubiera sucedido entre ellos. No volvió a ver a Mariana ni a hablar de ella. La transformó en un misterio, lo más importante de lo que no hablaban.

Julio sintió el aleteo de los murciélagos detrás del cristal. Recordó la epifanía de Batman, cubierto por los animales que decidirían su destino.

–¡Son horribles! –en voz de Ramón, «horribles» significaba «magníficos».

Se dirigieron a una vitrina más tranquila, un trozo de desierto en el que costaba trabajo encontrar a un roedor.

–Estamos viejos: ahora vemos animales –comentó Ramón.

En su primer viaje a Madrid, en 1976, nada les hubiera parecido más absurdo que ir a un zoológico. De hecho, preferían no ir a sitio alguno, caminar sin rumbo fijo. Dedicaron semanas a respirar el aire oloroso a Ducados y aceite de oliva. No faltaron momentos para hablar, pero Julio no encontró el modo de mencionar a Mariana. Le pesaba haber provocado la golpiza y la ruptura posterior; su primo se apartó de su novia como si ella hubiera sido responsable del asalto.

Además, le dolía el afecto de Ramón. Tal vez habría valido la pena visitar el Valle de los Caídos para estallar en un frenesí confesional, como un travesti embriagado de contradictorias emociones: «¡Te traicioné; te quería defender, no supe hacerlo, dijeron que eras puto!». Hubiera querido blasfemar en el altar del enemigo, pero él no era alguien de catarsis, ni de sinceridad suicida, ni de verdades cara a cara.

Fue Ramón quien dijo lo único definitivo de aquel viaje: «Aquí me quedo». Julio se resignó a llevar esa carga adicional: el voluntario exilio de su primo. Se sintió traidor y perfeccionó el melodrama pensando en el destino de su gemelo: una casa con corral y una peluquería en San Martín de la Vega.

Los siguientes años estuvieron marcados por la ausencia de Ramón. Julio se obsesionó con la ciencia ficción y supo que Philip K. Dick nunca se repuso de la pérdida de su hermana gemela. Aquella niña muerta a los dos años regresó en las mujeres de pelo negro que anunciaban una realidad paralela y en las cinco esposas que no lograron consolar al escritor. A los cincuenta y dos años, Dick pasó a su definitivo mundo alterno y fue enterrado junto a su hermana. Su epitafio reza: «Gemelos». La historia, repasada decenas de veces, se volvió acuciante cuando Julio llegó a la edad de Dick. A los veinte años, en España, había perdido la vida paralela que daba por sentada. Sabía que su primo era un brillante diseñador de adefesios, pero nada más. En Faunia pudo hacer otras comparaciones: el destino lo había tratado a él como al velociraptor real, un tanto disminuido, menos feroz. Ramón era una versión acrecentada de lo mismo. El bicho elegido.

Mientras bebían cervezas en una terraza que daba a un estanque artificial, hablaron de la herencia que motivó el viaje del 76. Piedras de una historia dividida. Los trámites para recuperar esos exiguos bienes tardarían años, si no décadas, porque los títulos de propiedad se habían quemado en la alcaldía durante la guerra y lo único que los acreditaba como dueños era que los inquilinos continuaban pagando alquiler. Ante esa maraña burocrática, los padres decidieron que fueran los hijos, Ramón y Julio, quienes decidieran el destino de propiedades que se disipaban hacia un futuro incierto y acaso inexistente.

Ramón pareció sacrificarse a favor de su primo, pero el destino de los bienes raíces fue tan inesperado como el de los países donde vivían. La mansión de Mina se convirtió en una carga fiscal hasta ser expropiada por el gobierno del D.F., que pagó una indemnización simbólica. En cambio, los terrenos en las cercanías de Madrid subieron de precio con la instalación del parque temático de la Warner. La casa con corral se había transformado en el frenético hogar de los dibujos animados.

Ramón había elegido bien el sitio del rencuentro, otro parque temático, un bosque regulado, algo más que un doméstico jardín, algo menos que la maleza donde él se perdió a los doce años.

Su primo luchó contra el viento para encender otro cigarro. Luego tarareó una estúpida canción de su infancia que resultaba entrañable a la distancia: «La vida es una tómbola».

–Las cosas cambian. ¿Quién iba a sospechar que habría millonarios rusos? –sonrió Ramón.

En su infancia, España, como el Kremlin, era lo que no cambiaba. Ahora los millonarios rusos y los atletas españoles se habían vuelto imparables.

Julio seguía siendo alérgico a la catarsis, la franqueza suicida, las verdades cara a cara; sin embargo (o por eso mismo), padeció dos divorcios (sin hijos, por fortuna), pero desde hacía dos años había encontrado una serena pasión gracias a su noviazgo (de algún modo había que llamarlo) con Carmen, diez años menor que él, venturosamente ajena al exilio español, divorciada, con dos hijas de una cordialidad casi agraviante (hacían pensar en lo distintas que serían de haber crecido con él). Carmen disponía de una sólida pensión del exmarido o dinero propio (averiguarlo en detalle sería de mal gusto y quizá catártico) y se dedicaba, con la desaprensión de quien ejerce un pasatiempo, a enseñar literatura comparada.

En los fines de semana que pasaban en la casa que Carmen tenía en Yauhtepec, Julio coleccionaba atardeceres en su cámara digital y pintaba criaturas de la noche, murciélagos con alas de nervaduras sicodélicas. Carmen se había propuesto rescatarlo de su monomanía por la ciencia ficción. No lograba que él leyera otros libros, pero le proporcionaba citas que no podía ignorar.

Cuando Julio recibió la invitación al Auto Show en Madrid, Carmen le leyó un pasaje de Henry James: un exiliado regresa a Estados Unidos, contrasta la forma en que el tiempo ha tratado al viejo y al nuevo mundo, y descubre que treinta y tres años son suficientes para recibir una sorpresa. Era el lapso que él llevaba sin ver a su primo.

Le habló a Ramón días antes de partir. «Treinta y tres años», pensó después.

Una sorpresa merecida.

–¿Sabes algo de Mariana? –preguntó finalmente Julio.

–Nada. ¿Por qué? –Ramón lo miró extrañado.

–Te partieron la madre por ella. Es una razón para recordarla.

–No me partieron la madre por ella, me la partieron por ti –Ramón aspiró el humo con calma. ¿Siempre lo había sabido? ¿La sorpresa pronosticada por Carmen consistía en tener que pedir disculpas treinta y tres años después?

Julio dijo lo primero que se le ocurrió:

–No me atreví a ir al hospital. Odio la sangre.

Recordó aquel partido sin Ramón, cuando quiso defender al primo que idolatraba (quizá solo en ese momento supo que lo idolatraba). Los Gemelos Mágicos tenían una diferencia, el que abre primero los ojos domina siempre. Julio lo entendió entonces, al gritar en su única catarisis, al defender al primo que comenzaba a irse, sin saber que esos gritos harían que se alejara para siempre.

–Perdóname –dijo.

Ramón sonrió como no lo había hecho desde que pasó por él en el Ferrari.

–Dijiste eso para joderlos y los jodiste. Hiciste bien.

No era extraño que su primo hubiera aceptado con el tiempo un drama remoto. Lo extraño había sido su reacción inmediata, la falta de reproches, de curiosidad siquiera.

–¿Supiste que agarraron al Hotentote? –preguntó Ramón de golpe.

–¿Cuándo?

–Hace siglos, veinte años como mínimo. Él te salvó.

–¿Lo detuvieron por salvarme? –bromeó Julio–. ¡Hay delitos peores!

Ramón veía el cielo lapislázuli en el que se cruzaban las líneas espumosas de dos aviones:

–Tal vez debimos hablar de él –hizo una pausa significativa–. ¿*Debimos* hablar de él?

–Dijiste que nos calláramos. Fue tu idea.

–Era un *freak*. Nuestros padres se iban a horrorizar. No me latió decirles que él te había sacado del bosque.

–¿Por qué lo detuvieron?

Ramón habló en tono neutro, como si ya se hubiera dicho a sí mismo esas palabras, una y otra vez, pero algo adicional e incómodo se coló ahí: el extravío de un niño, el primo que él buscaba y no sabía cómo encontrar, el gemelo al que llegó a través de un mensajero.

Para eso lo había llevado a Faunia. Para hablar del gigante.

El Hotentote había sido arrestado como violador de menores. Su rostro descomunal apareció en la portada de *Casos de Alarma*. El pelo que le crecía en plastas, las uñas negras, los hombros torcidos tenían la inconfundible perfección del energúmeno. Que pintara rostros con insólito detalle parecía una perversión adicional, el ultrajante refinamiento de la bestia. Su desmesura lo volvía condenable.

–Fabricaron a un culpable –opinó Julio.

Al Hotentote se le podía atribuir cualquier caso no resuelto. Una captura ejemplar, irrefutable, un perturbado incapaz de defenderse o despertar simpatía.

Un niño pasó ante ellos con una máscara de gorila. Julio entendió lo que su primo había dicho sin decir. La historia criminal encubría otra, la tarde bajo la lluvia en el bosque de los leones, la soledad de Julio y luego el rencuentro en el sendero, la intuición de Ramón de separarlo del ogro, la necesidad de que él cojeara por su cuenta hasta sus padres.

Mientras bebía un último trago de cerveza, ya tibio, comprendió la protección posterior, el cuidado con que su primo lo incluyó en todas sus actividades y vio que nada le faltara, su necesidad de compensar un error, el error de haberlo buscado por vía indirecta, con manos grandes que no eran las suyas. Julio descubrió el secreto que impulsaba a su primo: creía que el Hotentote lo había ultrajado con sus uñas asimiladas a la mugre. Por eso le perdonó cualquier cosa a partir de entonces, como si temiera lastimarlo o que él regresara voluntariamente al bosque. No le reprochó haber hablado de Mariana, ese botín hurtado al enemigo, ni haber sido el involuntario delator que ocasionó su paliza. Más tarde, cuando llegó el tema de la sucesión, la herencia final de una familia derrotada, escogió la peor parte para él, incapaz de saber que sería la mejor.

Lo más extraño era que aquel suceso inexistente –la maldad del Hotentote– volvía lógica la conducta de Julio. Su dependencia y sus vacilaciones adquirirían otro peso, otro valor, si eran atribuidas a una caída, el abuso del gigante. Ramón lo tutelaba y protegía porque él necesitaba apoyo y estaba como ausente: podía ver que la leche se derramaba sin que se le ocurriera apagar la estufa; esta sencilla distracción ganaba profundidad si se asociaba con una causa grave, lo que pasó en el bosque.

Su primo lo entendió como alguien vejado; aceptó sus olvidos y debilidades. Todo venía de esa confusión esencial. Lo peculiar era que él había sido así sin la intervención del monstruo. ¿Tenía caso decirlo?

–Lo que te dijeron en el club era cierto –sonrió Ramón–. Soy puto. La palabra «homosexual» es excesiva para mí: la merece Oscar Wilde. Mariana era mi confidente. Me gustaba que me vieran con ella para provocar a su familia y tranquilizar a la mía.

Julio pensó en la vida compartida de la infancia, cuando uno de los dos usaba el inodoro mientras el otro se bañaba; la intimidación como un hecho sin importancia, hasta que algo se interpuso. Si Ramón lo hubiera hecho su confidente, Julio habría sido más vulnerable, pero esa no era la lógica del Gemelo Mágico, el que primero abre los ojos.

–Ya lo sabía –mintió Julio–. Mariana fue tu fachada. Era obvio. Odió al primo que creía saberlo todo y le atribuía un trauma. Odió que ese trauma imaginario justificara tan bien su destino. Odió no haber perjudicado adrede a Ramón. Odió la seguridad que tuvo en su pasado y lo adaptado que estaba a su presente.

–No me podía quedar en México –dijo Ramón–. No podía tener una erección ahí después de esa madriza. Me sentía vigilado en todas partes. Mis padres no saben nada. Son comunistas puritanos. Su exilio no es para maricas.

–El Hotentote no me tocó –ahora era él quien podía sorprender a su primo.

Los trazos de los aviones se disolvían en el cielo. Les llegó la risa metálica de unos niños. Atardecía en Faunia. Ramón parecía incómodo, como si buscara otro agravio para explicar a Julio.

–Tal vez inventé tu secreto para guardar el mío –dijo–. Lo tuyo era peor: lo mío era lo que me gustaba.

–Lo tuyo no era un secreto –Julio volvió a mentir, en tono cortante. Sentía una presión en el pecho–: ¿Qué fue del Hotentote?

–Lo deben haber hecho mierda en la cárcel. ¿Cuántas puñaladas se necesitarán para matar a un gigante?

Julio apreció el cromatismo artificial del parque: los prados color menta, el estanque azul turquesa. Una calma peculiar lo acompañó mientras caminaban a la salida.

Ramón lo quiso lo suficiente para necesitar su secreto y hacerlo suyo. Dibujaron monstruos sin hablar del que habían dejado atrás, hasta que su primo descubrió su propio secreto, en el que no podía incluirlo y que él no intuyó jamás, acostumbrado a ser su satélite, siempre la consecuencia, nunca el impulso.

Habló en tono conciliador:

–Sabía lo tuyo, pero no lo del Hotentote.

Alguien que no entendía nada lo sacó de la maleza. Julio recordó la mezcla de miedo y confianza al ser cargado, la superficie lustrosa del abrigo, los dientes triangulares, las encías abultadas del demente, el envión con que lo depositó en el camino. Tal vez ahí terminó su infancia, o tal vez terminó poco después y sin que él lo supiera, con la detención del Hotentote. El ultraje que no hizo le robó un pretexto a Julio, la herida que podía justificarlo. Y sin embargo, perdió algo real en ese bosque. Nunca dibujó el murciélago que imaginaba.

–El gigante era inocente –insistió Julio.

Ramón quiso protegerlo por una razón equivocada. Ahora hacía alimañas de éxito, España ganaba medallas, el planeta tenía millonarios rusos.

–«La vida es una tómbola» –Julio sonrió.

–Fuiste raro sin que te pasaran cosas raras.

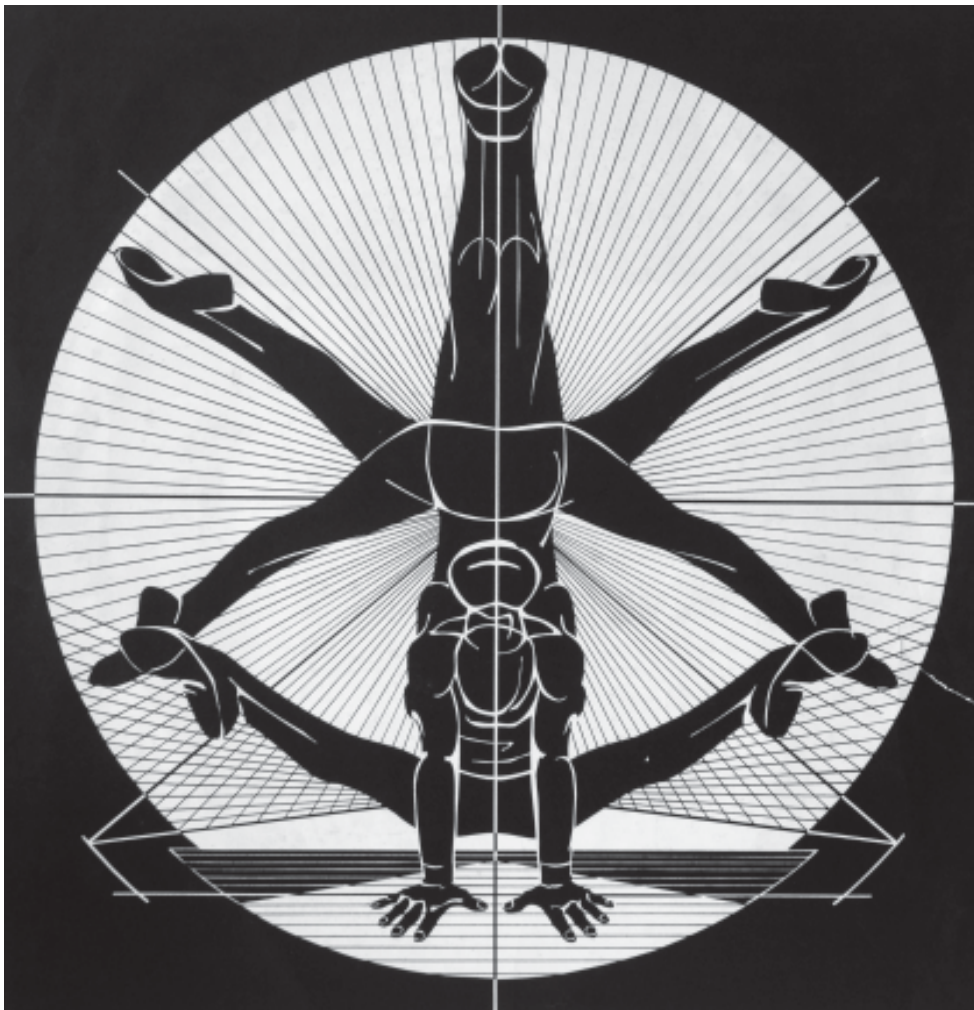
Recordó el epitafio de Dick: «Gemelos».

Un escolar chocó con Julio. Alguna vez él tuvo esa estatura y alzó las manos. Pensó en el bosque, donde se perdió y fue rescatado. El lugar del monstruo.

Al salir de Faunia el viento le hizo saber que había sudado. Había muy pocas construcciones en los alrededores. La vida apenas se improvisaba en esa zona. Se sintió radicalmente lejos.

Lejos de la infancia, la Casa del Exilio, el pasado donde uno dependió del secreto que guardaba el otro. Tal vez la sorpresa merecida al cabo de treinta y tres años era su inexplicable entusiasmo.

Quiso correr como los niños que subían a un camión amarillo. En vez de eso, tomó la mano de su primo, el gesto de la suerte con que entraban a la cancha. **C**



Gimnasta II, 1970. Serigrafía / papel. P/A

Mi pan rebano en solitaria mesa*

Mi pan rebano en solitaria mesa
*(el hambre es soledad) e indago en vano
–mirándome a mí mismo tan lejano–
quién usurpó mi nombre y mi cabeza.*

*Mi pan rebano en solitaria mesa
donde mi propia soledad rebano.
¿Mi pan, o una ilusión de aquella mano
con que llevo a mis labios la tristeza?*

*El Hambre, a la hora en punto del almuerzo,
llama a la puerta de cualquier suicida;
el Hambre –esa moneda sin reverso–
y yo, colgamos de una misma herida
mientras se tiende sobre el universo
solo una vez, de par en par, mi vida.*

* Estos poemas pertenecen a su poemario inédito «Banderas en la nada».

El delegado escucha una canción de cuna

Tenía que levantar un velo, que oculta
inmensos dolores...

CARMEN ZAYAS-BAZÁN

¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?
(Carta a María Mantilla, 1895)

*No, música tenaz, cantes la suerte
de otro padre –vulgar, ebrio de gloria.
No apuestes, música tenaz, a muerte:
ve la cuna que falta a mi victoria.*

*No, música tenaz, cruces la brecha
entre yo y mi fantasma estremecido.
La vida es ancha, y la moral estrecha:
la moral quiere cetro y apellido.*

*No entres febril, inquisidora, odiosa
por esta herida que me regocija.
Aún no levantes el horrible velo.*

*Mientras camino con mi niña hermosa,
mientras la beso sin llamarle hija,
¡no, música tenaz, me hables del cielo!*

Solo el amor engendra melodías

A un amor de mujer tengo derecho
Que aplaque al vivo que en mí ser palpita!

*S*urca tus labios mi caricia muda:
allí, en tu boca, escribiré mis versos.
*Los retratos, mujer, sobrios y tersos,
esconden un Martí que tiembla y duda.*

*Yo me despeño por tu boca cierta
besando cada poro, cada abismo,
porque solté la bestia de mí mismo
y he dejado al apóstol tras la puerta.*

*A un beso de mujer tengo derecho.
Voy a beber las mieles de tu pecho,
derrocar con orgasmos mi congoja
cuando mi carne por tu carne entre
y sentir que, en el fondo de tu vientre,
la ciudad, como un árbol, se deshoja.*

Las campanas, el sol, el cielo claro

*Quieren, oh, mi dolor, que a tu hermosura
como un flojo renuncie. Que no diga
cuánto me salvas con tu voz amiga
cada vez que te llevo en mi montura.
Sin mi dolor ¿qué soy? ¿carne de intriga?
¿uno más que cabalga en la espesura?*

*Sin mi dolor ¿amaran esta frente,
esta voz, este anuncio de la dicha?
No sé, pero la vida se encapricha
en que sea el dolor mi confidente.*

*¡Oh, mi dolor!: No existe otro abolengo
que me atreva a exhibir ante los míos
ahora que voy camino de Dos Ríos
y mi dolor es todo lo que tengo.*

Solo de lluvia

Versos libres e hirsutos: Parque Central, La Habana

*Mi soledad y yo decimos: «lluvia»
cuando en la lluvia llega una muchacha:
deja una rosa ante mis pies de apóstol...
Soy un trozo de ti, de tus preguntas.
Soy un trozo de ti, muchacha dulce.
Soy un trozo de ti, del fuego fatuo
que se esconde en tu brava cabellera.
Te miro como a novia que se pierde.
No sé tu nombre, pero sé tu risa;
me atrevo a adivinar que, por ejemplo,
algo calla en el mundo cuando callas.
Con mis dedos de apóstol casi escribo
que yo, como un ladrón, entro en tus ojos.
Entro en tus ojos y hablo con la lluvia:
«¿Qué serás, lluvia, sino el río perfecto,
sino el beso de un ángel, su llamado?».
Entro en tus ojos y hablo con la muerte:
«¡Oh, muerte generosa, muerte amiga!,
soy un trozo de ti, que no miraste
hacia la cabecita de mi hijo...
¡Oh, lluvia fina que sufrí en silencio
y enlodó mi cadáver».*

Hondos ojos.

*Entro en tus ojos y hablo con los héroes.
Como mármol que vibra frente a un beso,
hablo en tus ojos con el mar.*

Ahora

*soy un trozo de todos los que pasan.
Gracias, muchacha, por tu flor marchita.
Soy un trozo de ti cuando amanece.
Soy un trozo de ti cuando te alejas
como novia.*

*Yo te hablo en cada gota:
he confiado a la lluvia torpes versos
que debieron ser dichos para ti.
Cuando, como un ladrón, entro en tus ojos
y me descubro inmóvil y lejano,
mi soledad y yo decimos: «lluvia».
Dos patrias tengo yo: Cuba y la lluvia.
Solo en la lluvia cabe lo imposible.
Sin la lluvia no existen los recuerdos.
Sin la lluvia –que todo lo perdona–,
sin la lluvia –que sus secretos dice
a quien sepa escuchar– tú no serías
otra novia perdida entre la niebla
ni yo una estatua (muda) bajo el agua. ©*



«En la realidad no hay ni puede haber...»
(texto de Segundo Ruiz), ca. 1973
Serigrafía / cartulina

El juanete de Kafka

Letňany, Prosek, Strizkov, Ládví, Kobylisy. Cinco estaciones, bien contadas. Celebraba encontrarme en el metro. Los mocasines me estropeaban los pies, particularmente el juanete del pie izquierdo, adquirido en lo alto de la montaña de Juan Félix Sánchez al bajarme de la mula. De nada había servido el sobado del viejo. Como no fue necesario leer el aviso a la entrada del metro, porque no hubiéramos entendido ni pizca. Luego supimos que el tren llegaba hasta Koblisky porque había problemas en la vía. Las aguas del Moldava, nos informaron después, se habían colado e impedían que el tren hiciera totalmente su trayecto.

En la mañana habíamos estado en El Castillo por undécima vez, pero nunca había ido con aquellos mocasines comprados en una baratija de Oslo. Me arañaban los pies, pero estaba en El Castillo. Tenía dispuesto pasar por el callejón de oro, visitar la casa número 22, donde había vivido K. (Franz me conturba). Preferimos recorrer la ciudad, no sin que antes Mary tomara fotos de Praga a los pies, fotos que si acaso volveríamos a ver en alguna ocasión, antes de quedar abandonadas en el buzón de viajes.

Montamos en el metro porque habíamos dispuesto ir a Andel, o mejor, Mary había dispuesto ir a Andel, comprar unos zapatos y quién sabe cuántos trastos más. Tomamos la línea amarilla para llegar hasta Florence y abordar la línea roja. El tren no se detuvo en Florence. Angustia. Un joven brasileño nos escuchó hablar y nos preguntó a dónde íbamos. ¡Andel!, dijimos al mismo tiempo. La dirección es otra, nos dijo, y en sentido opuesto. Nos informa que están cerradas las cinco siguientes estaciones. Le comentamos que queremos ir al centro comercial en Haje. Nos dice que el centro comercial que él conoce está en Letňany. Lleguen hasta el final, nos

dijo, allí encontrarán un gran centro comercial. No conozco el de Andel –agregó–, pero el de Letñany seguramente es similar. A todas estas mis pies comenzaban a protestar. Pensé en K. Sus dolores provenían de la cabeza, eran todo un martirio.

Media hora de trayecto. Mis pies palpitaban. Media hora les permitían descansar, pero seguían protestando con aquellas contracciones que así debían de ser las del corazón cuando estaba en mal estado. Bajamos en la estación de Letñany. Fin del trayecto. Ningún centro comercial. Había que tomar un bus que nos dejaría cerca, pero no en dicho centro. En consecuencia, no era Andel como llegué a pensar según la información del brasileño. Mary preguntó por el número del bus. El 45 los lleva al Centro Comercial, le informó una joven señora, cuarentona, no tanto como el juanete que mortificaba mi pie derecho. La espera fue más o menos corta. El tal centro comercial no se parecía al que habíamos visitado el año anterior. Caminamos de aquí para allá. Los mocasines continuaban fastidiando. El juanete estaba furioso. Después de un largo rato de andar por uno y otro pasillo, de mis pies vino la idea de comer algo. Tengo hambre, dije, al pasar por una especie de trattoría. Al lado, una venta de comida rápida que además del nombre tenía la imagen de un viejo de barbita, norteamericano. (Están en todas partes.) Un calzone. No hay calzone. Los pies no me dejaban pensar. Sobre todo el juanete. Pensé en el viejo de la montaña. La dependiente me recomendó una pasta. Con lo que sea, le dije. Ya le había puesto el ojo a los helados. Mary se marchó. Daba por seguro que encontraría unos zapatos azules que le combinaran con su bolso del mismo color. Bien por la pasta. Me descalcé para regocijo de mis pies y del juanete. Paso a paso mastiqué, sin apremio. Al poco rato debí calzarme para pedir un helado de vainilla. Descalzo una vez más. Bien por el helado. Y otra vez me calcé para continuar con el martirio, porque salí a un patio de fumadores. No entendí por qué el cigarrillo me producía una sensación de alivio. ¿Qué conexión, me preguntaba, habría entre el humo del cigarrillo y el juanete? Ninguna. Cumplido el rito. Pues de regreso a mi silla. Algo debía pedir para descanso del juanete. En eso llegó Mary con una sonrisa de esquina a esquina. Había conseguido los zapatos, azules como el bolso. Pidió un café. ¿Y el juanete? Así, así –alcancé a responder. Miró a su alrededor. Un Supermercado, dijo, tan grande como el de Andel. Faltan muchas cosas, agregó, en la despensa. Ni queso ni mantequilla ni pan ni ajo ni tomates. Pare de contar. A caminar por Tesco, sí, así se llamaba. Más grande que el Mall de Andel. Camina que camina. Compra que te compra: cerveza, vino, leche, cebolla, tomates, ajo en polvo, quesos, jamón. Ya no puedo más. El juanete protesta seriamente. También yo. ¡Ay! Falta el pan negro. Negro estaba el juanete. Le dije a Mary que no daría un paso más. Órdenes de los pies, hinchados, y con el juanete resollando. Voy y vuelvo, dijo. Me quedé cerca de un estante de vinos. Ni una silla por asomo. De pie. ¡Qué más! Paciencia y más paciencia, dolor y más dolor. Decidí descalzarme, tal la exigencia del juanete y los jadeos de los pies. El tiempo se detiene. No así la protesta del juanete. Pensé en no sé quién que hablaba de las prisiones del dolor. Pensé en K. deambulando por el castillo, metido en las paredes de la noche.

Finalmente, iniciamos el regreso, preguntamos aquí y allá, hasta que una dependiente nos guió para tomar el bus que nos llevaría a la estación del metro. Larga espera. Protestan los pies. Ladra el juanete. Aparece el bus después de una espera de quince minutos con las piernas al aire. Llegamos a la estación. El tres está al partir. No leemos el aviso que informa sobre los cambios en la ruta.

Me descalzo en el tren. Una dos tres cuatro cinco. Estación Koblitsky. Mary me dice que el tren está regresando. Ciertamente. De nuevo hacia Letňany. Nos bajamos en la siguiente estación para cerciorarnos de la situación. Ni un alma. Algo pasa. Algo que escapa a nuestro entendimiento. Caras de asombro las nuestras; de estupefacción, diría Andrés Bello. De pronto aparece una señora. Se acerca. Nos mira de pies a cabeza. Percibe que estamos en problemas. Conversa con Mary, le informa que el tren solo llega hasta Kobylisy ¡Aleluya!, el tren. De regreso a Letňany. Apenas si me acuerdo del juanete. Bajamos, y a toda carrera nos metimos en otro tren que hacía el mismo trayecto de las cinco estaciones. Al arribar a Ladvny, mi impaciencia le dice a Mary: esta es la estación. No es. Sí es. Bajamos. No era. Me había equivocado. Vainas del juanete. Preguntamos a dos empleados del metro que andaban como de paseo. Nos indican que sigamos hasta Kobylisy para tomar el bus XC. ¿Y si no entendimos? ¿Y si no es? Sola, tristemente sola la estación. Se acerca un joven porque observa nuestra cara de tormento. Nos pregunta, con un inglés de la mayor corrección, si necesitamos ayuda. Le decimos que sí. Dios te salve, María. Nos orienta: Están en Ládví, deberán ir a Kobylisy para tomar el XC. Ahora sí, digo por decir. Tomamos el metro. Me descalzo. Se dilata y se contrae el juanete. ¿Te sientes bien? –me pregunta Mary. Pues no. La digestión, el insomnio de anoche, el juanete. ¿Qué hacer? Acostarte cuando lleguemos al apartamento. Eterno desamparo, pienso. Solo el caos en mi interior. Aprender a soportar el juanete. Me niego, pero ¿qué hacer? Los adoquines de la calle seguirán donde están. Si por mí fuera, permanecería en Praga por los siglos de los siglos, con el juanete incluido. Miro a izquierda y derecha. Cada quien en lo suyo. Ninguno tiene cara de soportar algún dolor. ¡Cómo quisiera arrojar el juanete con todo y mocasín por la ventana! Un viejo de bastón me recuerda el desgastado bastón que me regalara Juan Félix. Lo miro con los ojos de la inocencia. Me mira, inquisidor. Si me entendiera: usted no me gusta nada, señor. Me escucha. Me sonrío. Estoy deshecho. K. otra vez. Hago planes para desatenderme de los reclamos del juanete. ¡Ya! Me gustaría publicar un cuento de su diario: *Recuerdo del tren de Kalda*. ¿Y a quién le pudiera interesar la soledad de un empleado de ferrocarril? ¿Alguien que lleve consigo la misma frialdad del corazón de K.? ¿Será cierto que los jardines de Chotek son el lugar más hermoso de Praga? ¿K. era ciertamente belicoso? Respondo: aprecio su carácter, sus apuntes de caminante, sus impresiones del metro de París. ¿Impersonal? Lo cito: las preguntas que no se responden a sí mismas en el momento de aparecer, nunca hallan respuestas. K. habla del aspecto terrorífico del pie equino. ¿Tendrá que ver con mi pie izquierdo? Si alguien tiene respuesta, que me escriba a paray@cantv.net. Sé que echado en la cama desaparecerá el dolor

del juanete. No así el dolor de corazón ni los dolores de cabeza de K. Se ha devastado a sí mismo. Padezco. Para disculpar a K. pienso en el tiempo excesivo que he pasado delante de la computadora y el daño que le habrá hecho a mi próstata. Respiro el aire y el silencio. Creo que el juanete me pone a delirar. A mi izquierda un hombre cincuentón, de rostro enérgico, nariz varonil, grande y recta, bigote corto, oscuro, ojos negros, cuello robusto y regular –¿descripción de K.?–. Mi memoria delira: El hombre cincuentón preguntó, con la mano derecha apoyada en la parte alta del marco de la puerta: «¿Está Franz?». Conocía a todos por sus nombres. Desde mi oscuro rincón –cuenta Franz– me abrí paso entre los compañeros de trabajo. «¡Ven conmigo!», dijo tras una breve ojeada. Y luego agregó: «Se muda al castillo». ¿Cuánto hay de cierto? De haber ido al castillo y haber llegado hasta la casa donde vivió, solo hubiera encontrado una placa y la puerta cerrada. ¿Entendieron? Yo tampoco.

Estamos en Kobylisy. Subimos para buscar la parada del bus. Llega el XC. Pasan los minutos, las calles, la noche, los faroles. Respiro el aire y la bulla silenciosa. Descubro que estamos cerca de Florence. ¡Ah!, de nuevo en Praga. Suspiro. Nos bajamos en Museum para tomar el tren rojo y bajar en Pavlova. El juanete casi que grita de calvario. David, el ruso, me dijo alguna vez que disfrutaba escuchar su cuerpo. Se me ocurre que la Pavlova escuchaba sus pies, los mimaba. Bailaba por amor. Llega el 22. Me pregunto si hay luna nueva, si el Moldava está más tranquilo. Veo el reloj. Las veintidós. Y el veintidós cruza el puente. Nada tranquilo está el río. Lo veo encrespado como el juanete. La noche pareciera tener miedo de sí misma.

El juanete no se aviene, pienso, con los adoquines de la ciudad. Mucho menos los mocasines. Estoy a punto de decirle a Mary que el dolor ha consumido todas mis energías hasta el fondo de mi ser, donde sigue escarbando. Prefiero callar. Conozco su respuesta: K. te va a enloquecer. Y si además le dijera que tengo el corazón alborotado me aconsejaría tomar unas gotas de valeriana cuando lleguemos al apartamento. Y si le dijera que a medianoche un cuervo misterioso vuela en torno a mi cabeza, me prohibiría comer después de las diez. ¿Te pasa algo?, me pregunta una vez más. A mí no propiamente, al juanete. No entendería mi tormento. Me consuelo con K.: el dolor corporal es la verdad única, irrefutable, no perturbada por nada externo.

Malostranske. Lluve. Pronto estaremos en casa, pronto llegaremos sin merecerlo. Solo hay que subir doscientos metros, y sin paraguas. Las bolsas pesan cada vez más. A resguardo los zapatos azules de Mary. ¡Ay, con el juanete! Subimos por la calle Trziste. Aquí vivió y trabajó el escritor Franz Kafka en 1929. Sin número el edificio. Treinta metros después el 365. Embajada gringa. ¡Uy! K. nunca usó mocasines. Avanti. Vlaska 14. Ni fuerzas para soltar los empapados mocasines por el aire. ¡Coño, un cigarrillo!

Praga, sábado 8 de junio 

Don Portolo

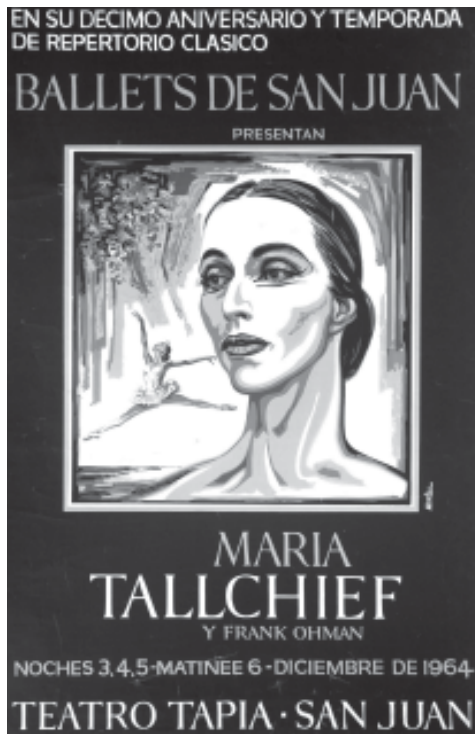
—Mi abuelo, Puerto Rico

*Lo recuerdo en la noche oscura
su sonrisa emitía un rayo de luz
que le alumbraba el rostro,
andaba lentamente con machete en mano
por los estrechos caminos de tierra
que llegó a conocer como su propia casa,
era tan negro como la noche más negra
que jamás hayas visto
era delgado
y tan sereno
que te derretía
con una palabra al oído,
era querido
por sus hijos,
era Don Portolo
mayordomo de los trabajadores de la caña
hoy desaparecidos,
era fuerte
y bastante alto,
la voz nunca le temblaba
ni siquiera en las más graves situaciones
¡era el hombre más valiente
que jamás haya visto esta nación!
Fue olvidado
antes de poder ser recordado
por los jefes de Estado
a quienes proveyó de azúcar.*

*Nunca fue visto cerca de la Casa Blanca,
nadie allí sabe su nombre,
nadie allí sabe que se está muriendo,
nadie allí sabe que no puede
contestar las preguntas que le hacen
hoy sus nietos,
nadie allí le está dando una pensión
por su vida de servicio a la causa
de producir azúcar para el café mañanero,
no veo banderas ondeando a media asta,
no oigo disparos en su honor,
solo se muere silenciosamente en su sillón en el balcón
recordando cómo era la vida
antes de la revolución industrial,
antes de la tecnología computarizada,
antes del primer bombardeo atómico.*

Don Portolo se merece una salva de 50 cañonazos. ©

Traducido del inglés por Urayoán Noel



Ballets de San Juan, 1964
Serigrafía / papel

Sucedió en Copperbelt*

Para Lilia Esteban

La noticia pasaba de boca en boca, de ciudad en ciudad: *Murió anoche*.

Algunos pronunciaron la frase en inglés: *he passed away last night*, en un intento por burlar la vigilancia. Lo cierto es que aún el cuerpo de Ávila estaba caliente y ya en los contornos del Copperbelt, en Zolwezi, en Kasama, en Mufulira y hasta en Livingstone la noticia corría con la fuerza de las cataratas Victoria.

Ella la escuchó como quien oye caer un escupitajo en la selva. Una vez cumplida su plegaria dejó de existir el motivo que la mantenía en desasosiego. Sin embargo, no sintió la emoción que cabría esperarse. De hecho, no se alegraba. Los misioneros que la habían llamado esa noche se reunían de vez en vez. Aun con la sospecha de que algún día les iban a prohibir moverse desde los sitios distantes en que habían sido ubicados, no dejaban de intentarlo, porque verse las caras frente a frente era el único estímulo tangible que les quedaba.

Meses antes de que muriera Ávila, todo era distinto. Al llegar con maletas semivacías, las mentes repletas de buenas intenciones y las manos dispuestas a hacer lo que fuera necesario, apenas bajaron del avión los recibieron en la capital con un banquete, un discurso insípido acerca del país al cual habían llegado, y finalmente dispusieron de ellos según lo previsto.

Tú, tú y aquellos tres, para Kasama. Los del fondo se incorporarán al Copperbelt. Esos que no han terminado de comer irán a Livingstone. Ustedes cuatro para Mbala. El resto, que se prepare para Zolwezi y Kasama.

* Este cuento forma parte del libro homónimo ganador del Premio Uneac de Cuento 2013, que se encuentra en proceso de edición por el sello UNIÓN.

El traslado hacia las provincias en vehículos de todo tipo fue llevado a cabo sin dificultad; así se informó a la jefatura central. Sin dormir, luego de tres días de viaje en avión, lo cual los agotó como si hubieran atravesado el desierto durante diez noches consecutivas, llegaron a sus destinos, sonrientes a pesar del enorme cansancio. Más tarde supieron que uno de los camiones que llevaba a los muchachos más jóvenes a través de la oscuridad de la noche se había volcado, pero no hubo muertos que lamentar. Los accidentes eran tan frecuentes en esas carreteras que no había motivo para alarmarse. *Cuando se adapten*, les dijeron al despedirlos, *todo parecerá una maravilla. Este es un país muy hermoso. Nosotros los visitaremos en la medida de nuestras posibilidades.*

La medida de las posibilidades resultó diminuta. Quienes fueron ubicados en la zona oeste y norte quedaron aislados del centro y del Copperbelt o Cinturón de cobre. En cuanto les instalaron teléfonos, se comunicaban frecuentemente entre ellos hasta que algunos meses más tarde llegó la orden de suspender los contactos por esa vía. Fue entonces cuando comenzaron a llamarse solo los domingos, aprovechando el descanso de los jefes.

Nos reuniremos en Mufulira el sábado. Inventamos otro meeting. Dijimos que necesitamos discutir los informes más recientes. ¿Puedes escaparte?, era una pregunta insistente que le hacían a ella cada dos meses, desde sitios diferentes cada vez. La brigada, compuesta al final por más de cincuenta, había comenzado con un puñado mínimo, el mismo que se empeñaba en estar al corriente de noticias. No se conocían antes de iniciar el viaje, pero setenta y dos horas de andar tirados por corredores de gélidos aeropuertos con dos dólares en los bolsillos, les confirió un lazo que acabó por convertirse en pacto de lealtad entre casi todos. En la noche de reparticiones se despidieron azorados, pero antes de dejar de verse tuvieron la precaución de anotar los nombres de cada uno y del lugar adonde habían sido designados. A ella le había tocado uno que pertenecía al Copperbelt, cuyo nombre no supo pronunciar bien hasta ocho meses después, cuando pidió ser trasladada a cualquier otro sitio.

Ndola se llamaba. Ella y tres misioneros más fueron ubicados allí, en una casa de donde pendía un letrero de madera carcomida que anunciaba el nombre Lupili 16. De los otros tres, uno fue designado Jefe; otro, nombrado Subjefe por el primero, se dejaba querer por una muchacha que enseguida comenzó a disfrutar de privilegios que a ella, sin embargo, le eran negados. En aquellas circunstancias la palabra privilegio adquiría una connotación particular: hacer las compras de comida en el mercado del pueblo una vez por mes, por ejemplo, o tener acceso a la llave de la habitación donde el Jefe guardaba el teléfono a través del cual él y a veces su Segundo, recibían órdenes de la jefatura central, que radicaba en la capital, más al sur del país.

Desde los primeros momentos surgieron discrepancias entre ella y el Jefe de Lupili 16. El sentido de libertad en que fue criada, la sumisión de él ante cualquier directiva del mando superior, la necesidad de ella de sentirse dueña de sí y la conducta lacayuna de él constituían elementos destinados a contradecirse, aunque ninguno de los dos pudo calcular cuán lejos llegarían en sus embestidas finales.

Luego de muchas semanas de complicidad, ella había logrado cierta ayuda de la otra muchacha: subrepticamente podía disponer del teléfono mientras los hombres estaban entretenidos en los bajos de la casa. Así pudo saber de la suerte de los otros misioneros, repartidos en lugares más recónditos. En susurros, les contaba la desgracia de tener un Jefe que imponía una autoridad sin límites. Los otros no estaban tan mal, a pesar de sentirse amenazados por serpientes, mosquitos, alacranes y por la falta de noticias. *Al menos no tienen un tirano durmiendo bajo el mismo techo*, les decía.

Aguanta, le aconsejaban ellos. *Recuerda siempre que el castigo por insubordinación consiste en regresar; y habrás perdido todo este tiempo.*

A la señal de la muchacha mujer del Subjefe, ella se apresuraba a despedirse de sus otros colegas hasta una próxima vez. Así transcurrió buena parte de la primera etapa de su estancia en aquellos lugares desconocidos a los que llegó por voluntad y deseo, imaginando peligros que se le antojaban aventuras, sin haber previsto nunca la perfidia de una parte de su propia gente.

Justo al día doscientos cuarenta (los marcaba con el método de palotes en la pared de su cuarto), a las nueve y cuarenta de la noche sonó el teléfono. Los hombres de la casa no estaban, de modo que ella misma, con el apoyo de la otra mujer, entró en el cuarto de los secretos y contestó.

Necesito ayuda, le escuchó decir a Mario Rozabales, radicado en Mbala. *Hace días me mordió una serpiente en un pie y estoy más icterico que un limón criollo. Tengo la pierna que parece un jamón. ¿Qué me sugieres que haga?*

Ven para Ndola, en Copperbelt, dijo ella. *Ven ahora mismo en lo que puedas. Te voy a esperar despierta. Pregunta por Lupili 16.* Y colgó.

Minutos más tarde el Jefe y el Subjefe entraron en la casa, y ella se llenó de aire (por no decir de valor) antes de anunciarles que en algún momento de la noche llegaría un misionero enfermo utilizando el medio que fuera, y que ella se responsabilizaba con todo.

Primero las miradas de desconcierto, luego el regaño a quien permitió el acceso al lugar del teléfono de las instrucciones, y por último el escandaloso reproche a la autorización para la visita de alguien ajeno a la casa, provocaron el estallido que venía incubándose durante meses entre ella y el Jefe.

Con terribles gritos ambos defendieron sus puntos de vista. Cuando Carlos Rozabales debía ir ascendiendo el primer tercio de camino entre Mbala y Ndola, el Subjefe intervino con el argumento de que debía consultarse a la jefatura de la capital antes de tomar cualquier decisión. *Es un colega enfermo, no hay nada que preguntar*, dijo ella.

Es una indisciplina grave, una violación del reglamento, vociferaba el Jefe. *Ahora mismo llamaré a la capital y verás cómo tengo la razón.*

Llama a la luna si quieres, pero él entrará por esa puerta y lo vamos a recibir, repetía ella.

Nadie hará nada sin la debida autorización del mando central. Voy a denunciar lo que está pasando aquí, y serás juzgada por insubordinación, tu actitud es demasiado irrespon-

sable, aseguraba él mientras un hindú trasladaba a Carlos Rozabales, quien alcanzaba ya la mitad del camino. *Por tu atrevimiento en decirle a esa persona que viniera para acá sin esperar mi permiso te voy a acusar. Y digo más: yo tuve hepatitis hace cuatro años, así que nadie con íctero puede entrar aquí.*

Jódete, dijo ella. Lo voy a meter en esta casa, y si no te gusta duermes en el patio. Yo me cago en ti, entérate de una vez. Y no digas «esa persona» como si fuera un extraño. Es uno de nosotros. Y viene en camino, gústete o no.

La puerta del cuarto del teléfono retumbó cuando el Jefe y el Segundo la tiraron a sus espaldas para encerrarse ambos y marcar los números que solo ellos conocían. Cincuenta minutos más tarde, cerca de las once de la noche, llegaba a la casa Carlos Rozabales amarillo como un limón criollo, arrastrando una pierna que parecía un jamón, acompañado por un hindú que afortunadamente no hablaba español.

II

Él no daba crédito a lo que ella intentaba explicarle. Su amigo hindú ofreció una estancia que tenía en Ndola para pasar allí la noche y partir en la mañana, creyendo que se trataba de un asunto de celos entre hombres y mujeres, según el alboroto que había contemplado al llegar a Lupili 16.

Me iría contigo ahora mismo, dijo ella bajo el llanto de un sauce que cobijaba la entrada de la casa. Pero no puedo correr el riesgo de que mi desacato implique ser llevada de regreso. Llevamos ya ocho meses, y sería un desperdicio imperdonable. No te imaginas cuánto lo siento, pero debes entenderme. No te permiten entrar en la casa, parece que tienes hepatitis además de la mordedura de serpiente. Mañana vendrán a buscarte de la capital, y serás internado en un lugar seguro.

Las instrucciones recibidas fueron precisas, dichas alto y claro: *No se permite el movimiento de ningún misionero de forma inconsulta, sea cual sea el motivo. Para el enfermo, se dispondrá de una solución en cuanto amanezca.*

Ella, conocedora del castigo que le sería impuesto si violaba la orden, optó por una salida intermedia: ser trasladada de inmediato. Se sentía fatal y motivos tenía de sobra: se veía a sí misma miserable al no disponer de valentía para afrontar cualquier consecuencia, se consideraba responsable de haber instado a su amigo a aproximarse a aquel lugar que resultó inhóspito y, al final de cuentas, había elegido protegerse ella misma, adoptando una actitud similar al hombre que hasta entonces determinaba qué era correcto o no. Carlos Rozabales, sin embargo, comprendió al cabo sus motivos, y le prometió, antes de irse, mantenerla al corriente de su situación del modo que encontrara disponible.

Muy poco tiempo después fue complacida la petición de traslado. Los calumniosos informes que hiciera el Jefe de la brigada de Ndola acerca de su comportamiento no resultaron suficientes

para que fuera dada de baja del listado de misioneros. La otra muchacha abogó a su favor recordando la eficiencia de su trabajo, aunque no llegó al atrevimiento de pedir clemencia de forma rotunda. El Segundo al mando se abstuvo de hacer comentarios, y la jefatura central decidió que era menos complicado satisfacer su pedido que reportar una insubordinación cuyas causas no entendían bien.

Los mismos que la habían recibido en la capital el primer día y que nunca tenían posibilidades de visitar cada provincia, se encargaron de ir a recogerla. Cuando fueron a Ndola varios días después de la trifulca le comunicaron en breves palabras que Carlos Rozabales había sido enviado de regreso al país, que se encontraba en fase de convalecencia y que ella sería reubicada en un nuevo lugar. Suspiró aliviada por las buenas nuevas, recogió sus escasas pertenencias y lanzó un tibio gesto de adiós a la mujer del Subjefe antes de montarse en el vehículo que le permitiría alejarse de aquel sitio que ya detestaba.

III

Se la llevaron a Kitwe, ciento cincuenta kilómetros más al norte de Ndola en la misma provincia Copperbelt, sin atravesar Mufulira. Cuando estuvo sola y supo que había un río cerca se las ingenió para llegar a él. Kafue se llamaba. Se le acercó por la orilla que no daba a la otra frontera, y se metió en él para mojarse a gusto los brazos, la cara y la parte de atrás del cuello, como quien se despoja.

La casa que le asignaron medía menos de tres metros de ancho, pero ella la aceptó porque supo que era conveniente la soledad, y que la estrechez en que debía vivir los dieciséis meses que le quedaban allí la resguardaba de futuras compañías. El inmenso placer que le proporcionaba el trabajo por el cual había abandonado la comodidad de su verdadera casa en su país la aferraba a la decisión de continuar. El peor castigo no era una reprimenda injusta, ni ser reubicada en un lugar casi inabordable. Por paradójico que resultara, lo peor era que la enviaran de regreso a la ciudad con la que llevaba soñando cada una de las más de doscientas veinte noches transcurridas desde el primer día.

Cumplir la tarea por la cual se encontraban en aquellos parajes recónditos era un deseo obsesivo en la mente de todos los misioneros. Sabían que el único modo de lograr dicho cumplimiento era resistir durante dos años. Si eran devueltos, todo habría sido en vano.

La semana que viene llega a la capital un nuevo avión. Dicen que enviarán una brigada adonde estás. Prepárate, y no dejes de seguir llamándonos. El mes entrante nos veremos en Chingola. Cuídate, le dijeron sus compañeros de Zolwezi aproximadamente al tercer fin de semana de estar en su nueva ubicación. Ella no supo si alegrarse o maldecir. Por un lado, la animaba la perspectiva de hablar en su idioma con compatriotas sin tener que esperar al domingo pero, por otro, perdía la potestad de hacer con el escaso tiempo que le quedaba libre cuanta

cosa se le antojara sin estar pensando en ordenanzas ni en prohibiciones. Ir al río a mojarse los brazos, la nuca y la frente sin pedir permiso, por ejemplo.

De todas maneras, en algún momento iba a dejar de estar sola, bien lo sabía. Sin sentir remordimiento, se alegró de que su dormitorio fuera mínimo. De pronto, su condición de ser la más experimentada en aquellos parajes cobraba importancia.

Sabía por sus amigos que llevaba sobre la cabeza el estigma de la indisciplina. Que colgaba de un frágil hilo la posibilidad de obtener la medalla que daría fe del cumplimiento de su misión. Sospechando que iba a ser observada todo el tiempo, cuando vio descender del ómnibus procedente de la capital a sus nuevos colegas, se dirigió a ellos con la certeza de que los días de absoluta independencia de la que disfrutara por más o menos treinta jornadas habían llegado a su fin.

Eran seis, y le cayeron encima interrogándola con infinidad de dudas; las mismas que ella tuvo al llegar nueve meses antes sin haber encontrado a quién preguntar. Les dijo aquellas cosas que eran útiles para preservar la vida, y las características del trabajo. No quiso explicarles el rígido control que se ejercería sobre ellos, ni les habló de la espantosa añoranza que les iba a golpear el rostro y el alma en las noches. Estableció la elemental distancia que sabía indispensable para no volver a caer en las redes de asfixia de las que se había librado, pero se mostró amable. Uno de ellos se presentó como el Nuevo Jefe, y designó a un Segundo antes de que se los llevaran a las casas que ocuparían. La de ella, separada del resto, no fue discutida como opción. Le respetaron su antigüedad, y aunque tardó varias semanas en sentirse cómodamente acompañada, invitó desde el cuarto día a sus paisanos a tomar café en sus dominios, sin mencionar el episodio por el cual se había alejado de su primer destino.

Manteniendo el recelo que ya no la abandonaría, cultivó una cordial relación con el nuevo grupo, entendiéndose como tal la camaradería básica para trabajar juntos. A pesar de compartir con ellos sesiones de café, y de respetar la autoridad del Nuevo Jefe, no permitió que fuera invadida del todo la autonomía que había alcanzado. Así, conservaba en silencio el acceso al teléfono, que escondía bajo el camastro de su casa pequeñísima. Los domingos, y a veces en inglés, dedicaba varios minutos a comunicarse con sus antiguos colegas; quienes le daban ánimos y noticias en secreto. Ocasionalmente lograban verse, so pretexto de actualizaciones en la evolución del trabajo que llevaban mucho más adelantado que el resto, dado el tiempo que separaba una brigada de la otra. Excepto el grupo de Ndola y el de Livingstone, uno por razones obvias y el otro por la descomunal distancia que los separaba, el resto hacía esfuerzos por asistir a lo que llamaban eufemísticamente *meetings*. Para ello disponían de pocas horas, que empleaban en preguntarse noticias unos a otros acerca de la fecha en que debían recibir la constancia del cumplimiento, en proponer sugerencias para mejorar el trabajo, y en darse fuerzas para continuar resistiendo.

Fue en Chingola donde sus amigos le dijeron que habían escuchado noticias acerca de una comisión que evaluaría la conducta de los más antiguos, con vistas a preparar la carta que

constituía el primer paso para la medalla. El procedimiento era otorgar (o no) un aval como constancia de que habían cumplido (o no) lo establecido según los acuerdos y, más tarde, recibir (o no) la condecoración definitiva.

Le contaron que como premio a su conducta, el Jefe de la brigada que radicaba en Ndola había sido nombrado Auditor Principal. Él sería, por tanto, el encargado de visitar a quienes llevaban más tiempo en el país. Ella mantuvo la calma mientras escuchaba a sus colegas, los cuales tomaron un respiro luego de darle esas primeras noticias, para anunciarle entonces que algo mucho más grave iba a suceder. *Algo que tampoco podíamos decirte por teléfono, puntualizaron, para lo que debes prepararte.*

IV

Cambiaron a los Jefes de la capital. Les llegó el relevo, y ahora hay nueva directiva. No conocen a nadie todavía, y Ávila es el elegido para nuestra evaluación. Como el muy cabrón sabe que tiene tremenda deuda contigo, ha escrito un informe donde te acusa de haber negado ayuda a uno de nosotros cuando enfermó porque tuviste miedo de contagiarte. Dicen que dijo que si firmas ese documento, a cambio él borrará de tu expediente las barbaridades que puso de ti cuando estabas bajo su mando en Ndola, y solo así obtendrás el aval para la medalla. También, que una vez que firmes esa declaración, todo será borrón y cuenta nueva. Nadie de la jefatura actual sabe lo que sucedió. Ese informe será para cuidarse de ti en el futuro. Piensa bien lo que vas a hacer, porque no tienes mucho tiempo, Ávila iniciará el recorrido por carretera dentro de tres días. Cualquier decisión que tomes, será apoyada por nosotros. Estamos dispuestos a testificar a favor tuyo. La gente de Mufulira, de Mbala, de Livingstone y de Kasama ya está avisada. Solo recuerda que estamos terminando el primer año, y que Carlos Rozabales no regresará más. Por su enfermedad, le otorgaron la medalla, y a nosotros nos faltan casi doce meses para terminar. ¿Tienes idea de qué vas a hacer?

V

Ella regresó a su minúscula casa de Kitwe con el corazón hecho una pasa. Con la mente en blanco y el ánimo abatido como nunca. Durante las dos noches siguientes no durmió, intentando encontrar una posible solución al dilema que debía enfrentar, pero no lo logró. Al amanecer del tercer día violó el código establecido para llamar por teléfono a sus amigos porque no era domingo sino jueves, y marcó los números de sus casas. Entonces, con absoluta convicción, dispuesta a inmolarse por su pensamiento si algún día se lo recriminaba Dios (en el que nunca había creído demasiado), les dijo en sordina:

Que lo parta un rayo. Que se estrelle contra un muro. Que reviente antes de salir. Que se pierda en la noche. Que se vaya por un barranco. Que lo muerda una cascabel. Que lo

alcance una nube de tsé-tsé. Que lo confundan y le disparen. Que un suicida lo embista. Que se ahogue en el río Kafue. Que se quemé. Que se atragante. Que un derrame cerebral. Que una avispa venenosa. Que una manga de viento. Que se lo trague el Copperbelt. Que se muera que se muera que se muera que se muera.

VI

La noche en que Ávila falleció había llovido a cántaros. Los accidentes en esas carreteras, como se sabe, eran muy frecuentes. Ella escuchó la noticia como quien oye caer un escupitajo en la selva: *He passed away last night*, dijeron algunos amigos. Otros, simplemente: *Murió anoche.* **C**



Gimnasia femenina
-No. 1, 1977.
Serigrafía / cartulina

Todos ustedes pasan

*C*amino hacia ninguna parte
Antes la vida era un andar a ciegas
Ustedes estaban ahí, a la espera
Y sonreían.

*Toda la juventud una prisa
Abarcadora avidez, el amor
Espasmo muscular, sed de piel
Estrujada en las sábanas
Y otras suavidades.*

*Euforia sensorial
Olor a mango y calabazas horneadas
A helado de vainilla derritiéndose
Sobre la crujiente torta
De manzanas.*

*Picasso y Goya
Gritando otras realidades
Una comentando sobre técnicas
Y combinaciones del blanco, negro y gris
El dolor ajeno una gama
De colores neutros
La vida
Los girasoles de Van Gogh.*

*Para cada sensación
Para cada avidez
Para cada búsqueda un color*

*Mi madre, el lila
Mi último amor
El cegador destello del mamey
Beethoven siempre azul, los azules.*

*Y todos ustedes pasando
Un soplo, fugaz cierta imagen
En el espejo, atribuida
A la miopía de los años
En la universidad.*

*Ustedes, cierto frío inesperado
Cierta erización de la piel
Una inexplicable desazón
En medio de la aparente inmortalidad
De esos años.
Una irresuelta limitación
A destiempo, o a tiempo
Un sostenido dolor por las ausencias
Un agradecimiento creciente
Por todo lo que vive y respira
Y se manifiesta
Por la mirada que nos atraviesa
Mirando más allá, quizás
En búsqueda de otra mirada
De un gesto que recuerde
Que nos recuerde.*

*Ataúd andante,
Somos.*

*Ustedes ya no pasan
Son el empujón que avanza
Que nos avanza
¿Hacia el origen? **C***

toda luna y todo sol

Toda luna es atroz y todo sol amargo.

ARTHUR RIMBAUD

*t*errible Arthur Rimbaud, ¿no habrá otra luna ni otro sol? ¿no tendré calma ni calma tendrán los míos? ¿atados a una noria viviremos sin escapar como tú, sin renunciar a escribir en las mañanas lo que el alma alcanza? ¿puede un hombre dejar de escribir? ¿puede un hombre que sentó a la Belleza en sus rodillas dejar de escribir? terrible Arthur Rimbaud, ¿acaso hallaste la nueva luna y el nuevo sol? ¿acaso viste lo que el hombre creyó ver? ¿cómo serían en tus ojos las tierras de Abisinia? ¿cómo sería en tus ojos volver a la patria para morir? ¿cómo sería ya haber muerto antes cuando pensaron que escapabas, cuando admitieron que podías renunciar? dime, Arthur Rimbaud, lo que solo tu vida logra responder a mi vida.

carta para Antonin Artaud

Nadie puede hablar de tu condena, nadie puede hablar de tu salvación, porque eres el testigo, el único testigo de ti mismo, querido Antonin Artaud. otros sí pudieran hablar por mí. otros han sido mejores testigos de mí. otros son los que van a darme noticias mías. ha comenzado la ausencia del hombre que soy y la ausencia del hombre que no soy. conozco lo que debo sentir, pero no lo que siento. acaso una descarga eléctrica, una temporada en esos blanquísimos infiernos. acaso el dolor me logre devolver la calma y yo alcance a regresar conmigo. ir hacia la luz, querido Antonin Artaud, ir hacia la luz como si fuese el testigo, el único testigo de mí mismo. entonces podré hablar, entonces hablaré de condena y salvación.

resurrección del cisne

Maestro Rubén Darío, el cisne cobra venganza sobre nosotros, resucita de su apedreamiento en plaza pública. creímos que bastaba con torcerle el cuello, creímos en su aparente fragilidad. lo hemos erigido como un símbolo y del símbolo se alimenta. el cisne picotea la falsa pedrería de los paseantes y el perfume de los paseantes iguala su putrefacción. míralo instalarse sobre el arco de triunfo que levantaron para el carnaval, míralo escudriñar como águila o buitre en la entraña de un pueblo devastado. por nosotros ha vuelto como un fénix a defender nuestra ruina con su ruina. maestro Julián del Casal, el cisne te ve salir a la calle vestido con kimono y comienza a cantar, comienza a cantar por todo lo que ha muerto.

hablábamos de Caravaggio

hablábamos de Caravaggio, de la joven prostituta ahogada en el Tíber que le sirvió de modelo para pintar La muerte de la Virgen. tenía Caravaggio treinta y cinco años y ya su arte era el prodigio de Europa. siento miedo de llegar a esa edad sin que pueda hacer de lo terrible algo bello, sin que pueda santificar la podredumbre. si supiéramos qué se necesita, qué entraña mortal conmueve la entraña de lo eterno. acaso la vida del huérfano Caravaggio, condenado a morir por asesinato, condenado a pintar su propia muerte, decapitación tras decapitación: Holofernes / San Juan Bautista / Goliat. hablábamos de Caravaggio, de la certeza que su genio atroz pudo dejarnos: una conversación sobre la trascendencia no nos volverá trascendentes.

fauves. peces rojos

Los jóvenes poetas ponen fiereza en las palabras como Vlainck puso fiereza en los colores que acechan al puente Chatou. pero no importa la sangre, amor mío, sino su hondura. ¿cuántas veces hemos visto los peces rojos de Matisse y no hemos sentido paz? ¿cuántas veces el desamparo de esos animales no ha sido también nuestro desamparo: seres magníficos en una cárcel vulgar? Los jóvenes poetas ponen fiereza en las palabras como Vlainck puso fiereza en los colores que llenan la calle Marly-le-Roi. pero no importan sus poemas, amor mío, sino la alegría de vivir.

palabras del Hijo del Hombre

Padre mío René Magritte, me he puesto el bombín y la corbata roja como mejor conviene al Hijo del Hombre. estoy parado frente a la eternidad que son los otros. estoy parado frente a la eternidad con mi absurda eternidad. nadie sabe si voy o vengo de la oficina. nadie sabe el lugar que ocupo entre los miles de empleados con bombín y corbata roja. pero llevo ante mi rostro una fruta. esa fruta vale más que la aureola de los santos. pasarán los soles, pasarán las lunas, y ella permanecerá intacta. padre mío René Magritte, me he arreglado para ir al Calvario como mejor conviene al Hijo del Hombre. al Hijo del Hombre lo crucifican un viernes y resucita al tercer día. el Hijo del Hombre resucita los domingos porque el lunes, el lunes hay que trabajar. ©



*Exposición retrospectiva
de Lorenzo Homar
(1ra Bienal de Grabado), 1970
Serigrafía / papel*